

Crecer en Jesús frente al tradicionalismo

Mateo 23:1-12

David C. Dixon

Introducción: ¿Te has metido alguna vez en un bache? Debido al paso repetido de las ruedas de los carros se creaban surcos en el pavimento de piedra de las vías romanas; de la misma forma, también puede crearse un surco en nuestro comportamiento cuando caemos en hábitos difíciles de romper. A veces se considera que los fariseos del Nuevo Testamento estaban estancados en el tradicionalismo religioso. ¿Es esta una percepción acertada? Claude Goldsmid Montefiore (1858-1938), conocido como fundador del "judaísmo progresista" en Inglaterra a principios del siglo XX, fue uno de los primeros en cuestionar las nociones habituales sobre la imagen que los Evangelios ofrecen de los fariseos. ¿Eran realmente los horribles hipócritas y santurriones legalistas que el Nuevo Testamento suele describir? Desde entonces, el debate sobre este tema no ha cesado, pero quizá solo recientemente ha empezado a llamar la atención de los cristianos más allá del mundo académico. En 2007 apareció el libro *En busca de los fariseos históricos* (Jacob Neusner y Bruce Chilton, ed.), en el que se esbozan las numerosas valoraciones de los fariseos que se desprenden de fuentes antiguas: los Evangelios, los escritos de Pablo, Josefo, la Mishná (una antigua recopilación de la tradición oral judía) y la arqueología. Este volumen perfila a los fariseos sin tratar de homogeneizar las distintas imágenes o reconstruir un relato singular de los fariseos; en su lugar, considera cuidadosamente las fuentes, permitiendo que las diferentes perspectivas de los fariseos se encuentren unas junto a otras (reconociendo su naturaleza pluralista y diversa).

1) Kent Yinger, Profesor de N.T. en el Seminario de Portland, en *The Pharisees: Their History, Character, & NT Portrait* (2022), elaboró otro estudio que intenta ser objetivo y sintético. La existencia de los fariseos como grupo consolidado data probablemente de mediados del siglo II a.C. en relación con la lucha macabea contra el helenismo. En otras palabras, trataban de ayudar a preservar la verdadera identidad de Israel frente a la invasión cultural (con toda su idolatría); eran los "hasidim" del judaísmo, los "piadosos", celosos de la ley de Moisés como fundamento central de sus vidas. Yinger también toma nota de las diferencias doctrinales entre fariseos y saduceos, que se habían convertido en una parte importante de la escena religiosa en la época de Jesús (resurrección, ángeles/demonios, recompensas/castigos). Los fariseos eran conocidos por su cuidadosa y meticulosa observancia de la Torá, así como de muchas tradiciones que creían que estaban implícitas en la ley o eran coherentes con ella. Así que gozaban de una reputación favorable entre la población en general, especialmente por su estricta obediencia a la ley (se creía que eran muy justos) y por su oposición al partido gobernante opresor (los saduceos y los romanos). Pero la gente común no tenía realmente criterios adecuados para sopesar las enseñanzas de los fariseos y saber si daban en el blanco o no. Lo que podemos extraer de este estudio es que no debemos caer en el

error de "estereotipar" a todos los fariseos, metiéndolos en la misma categoría condenable; debemos recordar también que el libro de los Hechos afirma que un gran número de sacerdotes y fariseos se convirtieron en creyentes, reforzando la idea de que Jesús representaba realmente el cumplimiento de sus esperanzas más profundas.

En este escenario aparece el Mesías largamente esperado, el joven rabino advenedizo de Galilea que no había estudiado en ninguna de sus escuelas, pero que se presentó en Jerusalén para la Pascua una primavera con un grupo de seguidores; cuando llegó al templo empezó a causar un terrible alboroto con los cambistas y los vendedores de animales. Fue escandaloso, salvo para la gente común, que sí creía que había corrupción en el sistema religioso y que solo el Mesías la podría destapar. Así comenzó la carrera pública de Jesús, supuestamente con su amenaza de destruir el templo (Jn. 2:19). De todos los grupos político-religiosos de Judea y Galilea, los fariseos eran aquellos con los que Jesús tenía más en común en cuanto a sus creencias. Eran fundamentalistas bíblicos y, por supuesto, Jesús había inspirado todos los fundamentos de las Escrituras y los había practicado con total coherencia en Su vida. Sin embargo, su "interpretación" de las Escrituras tenía una tendencia definida hacia la letra de la ley, de ahí el legalismo, incluyendo una postura estricta respecto a todas las tradiciones que habían añadido a la ley (613 mandamientos), que veían como una especie de cerco alrededor de la ley de Moisés con el fin de garantizar su cumplimiento por parte del pueblo. Así, los fariseos se convertirían en los adversarios más frecuentes y acérrimos de Jesús. Sin embargo, Jesús no duda en corregirlos a lo largo de todo su ministerio, pero especialmente hacia el final de este. En la última semana de su vida terrenal, no se anda con rodeos a la hora de señalar la soberbia de sus costumbres, la hipocresía de su celo, la ceguera de su razonamiento y las falacias resultantes de sus enseñanzas.

2) Ese es nuestro pasaje de las Escrituras para hoy – de la última semana de la vida de Jesús. En otras palabras, no llevó a cabo su crítica mordaz de la religión farisaica al principio de su ministerio, porque buscaba ser testimonio para ellos también, sabiendo lo cerca que estaban del reino en su celo por la Palabra de Dios, en su anhelo por la restauración. Solo después de presentarles repetidamente Su mensaje y de ponerlo en práctica, además de repetidas señales y prodigios que deberían haber ablandado sus corazones (como hicieron con el corazón de Nicodemo), y viendo su continua obstinación, Jesús llega ahora a este punto de tener que denunciarlos tan duramente y de forma pública. En Mt. 15 había tenido una discusión privada con ellos, pidiéndoles cuentas por anular la ley de Dios con su tradición; en Mt. 16 había advertido a sus discípulos sobre la levadura de los fariseos (su enseñanza). Pero ahora hace pública la denuncia, dirigiendo también sus palabras a las multitudes (v. 1) ¡de forma que tengan criterio para no caer en la trampa de los fariseos! Estaban sentados en la cátedra de Moisés; su "cátedra" representaba la autoridad de la ley y de Dios. En lo que hablan de la ley, decía Jesús, prestadles atención y observad lo que dicen, pero no sigáis su ejemplo: sobre todo por las pesadas cargas que imponen a los demás, normas de tradición que habían ido añadiendo, supuestamente para ayudar a aplicar la ley, pero que con el tiempo se habían elevado a un estatus igual al de la ley. Y no se les ocurría reducir su peso (Pedro lo llamaría más tarde **"un yugo que ni nosotros ni nuestros padres éramos capaces de llevar"**, Hechos 15:10). Los ejemplos incluían la distancia que se podía caminar en sábado, la distancia que se podían transportar artículos en sábado, lo que se podía o no hacer en la preparación de comidas y ropa en sábado, los rescates que no se podían realizar en sábado, el encendido o apagado de fuegos o velas (no permitido, aunque se podía contratar a un gentil para hacer esas cosas en sábado). Jesús dijo que el sábado fue hecho para el hombre, no viceversa, pero los fariseos le habían dado la vuelta por completo: en lugar de reflejar el carácter de Dios, ¡el sábado se convirtió en un reflejo del carácter cruel de nosotros los pecadores!

A Jesús le preocupaba especialmente la hipocresía farisaica de hacer las cosas para aparentar, para ser vistos por los demás (v. 5): anunciar sus obras justas (¿has querido hacerlo alguna vez?) con filacterias (pequeñas cajas de cuero con pequeños pergaminos y escrituras en ellas, atadas al brazo y a la cabeza con correas de cuero, Dt. 11:18); borlas (bordes especiales en sus vestimentas

extendidas para súper-espiritualidad, Nm. 15:38-40); asientos de honor en la sinagoga o cenas distinguidas (esto sí que les acariciaba el ego); saludos de reconocimiento (lanzaba su ego a la luna). Entonces, ¿no es bueno llamar a alguien maestro/pastor/padre? El apóstol Pablo nos da perspectiva sobre este punto: se llama a sí mismo maestro, y un padre para Timoteo. Así que no se trataba de una prohibición absoluta, sino de una advertencia a quienes tienden a apreciar y coleccionar tales títulos. Lo que Jesús vio en la cultura religiosa de su tiempo fue una sociedad atascada en los profundos surcos de la tradición, pero sin la correspondiente gracia y verdad que deberían haber caracterizado a un pueblo centrado en la ley de Dios. Así, los fariseos representaban a menudo la tendencia humana a tratar de tener el control sobre nuestro comportamiento, sobre las situaciones difíciles, incluso sobre Dios, reduciendo la complejidad de la vida y de las Escrituras a fórmulas y tradiciones – ¡así no tengo que pensar ni trabajar tanto! Habían convertido la "mejor religión del mundo" en una "relación transaccional" ["hacemos esto para que Él haga aquello"], en lugar de una transformacional como Dios pretendía (el mismo "reduccionismo" en el que todos somos susceptibles de caer).

3) Romper las cadenas de nuestra vieja naturaleza no es algo que consigamos apretándonos el cinturón, imponiéndonos exigencias más rigurosas o realizando mayores proezas de sacrificio. Es algo que solo Dios puede hacer. ¿Estamos experimentando realmente los profundos cambios en nuestras vidas que Dios ha puesto a nuestra disposición en Cristo? ¿O estamos demasiado atascados en las rutinas de nuestras tradiciones religiosas? ¿Nos movemos en nuestros círculos religiosos, pero no profundizamos para llegar a ser como Jesús? Esos fariseos podían parecer muy respetables y dignos en la sinagoga, el templo o la plaza pública, hasta que los vemos más tarde en la reunión del consejo judío, conspirando para deshacerse de Jesús. Allí es donde salieron a relucir sus verdaderos valores; mostraron la miseria que llevaban dentro cuando el gran rabino de Galilea fue llevado ante ellos atado. ¿Cómo trataron a puerta cerrada a este "criminal empedernido"? ¿Seguiría siendo el Abogado de esta gente tras mostrarle su naturaleza miserable tal como era? ...cuando sacaron a relucir todo su odio y rechazo a Su autoridad divina? Esos mismos fariseos, que se mostraban tan respetables y piadosos ante la opinión pública, se volvieron contra Jesús con toda su furia: insultándolo, burlándose de Él, humillándolo, golpeándolo, menospreciándolo y denigrándolo, ridiculizándolo, escupiéndole en la cara, sentenciándolo a muerte (en representación de todos nosotros). Y ahí es donde Jesús siguió practicando la esencia de toda su enseñanza en Mt. 23:11-12 **"El más grande entre vosotros será el que se ponga al servicio de los demás. Al que se ensalce a sí mismo, Dios lo humillará; pero al que se humille a sí mismo, Dios lo ensalzará."**

La respuesta a nuestro dilema consiste en **centrarnos en la cruz**: en el **"gran enfrentamiento"** entre las fuerzas del bien y del mal, el cielo y la tierra, Jesús hizo un movimiento estratégico, una elección contraintuitiva al no darnos a nosotros, criaturas egoístas, lo que merecíamos, ¡sino, en su lugar, entregar Su propia vida! Frente a todas nuestras intenciones asesinas, Él seguiría **poniendo la otra mejilla**. Él era el Hijo del Hombre y el Hijo de Dios, declarado Juez del cielo y de la tierra por Su Padre (Jn. 5:22), el único en la tierra que tenía autoridad para perdonar el pecado (Mc. 2:10); así que pronunciaría Su veredicto más crucial incluso mientras agonizaba bajo el tormento de Sus acusadores: **"Padre, perdónalos"**. Al hacerlo, estaba haciendo borrón y cuenta nueva, personalmente, en nuestra cara, incluso mientras cometíamos nuestro peor crimen contra Él (el cumplimiento de toda nuestra rebelión interior desde el Jardín del Edén, Mc. 4:22). Lo que Él estaba haciendo era despojar al enemigo de todas sus armas: ¿de qué tendría Satanás que acusarnos? Con nuestros pecados y nuestra culpa perdonados, ya no tiene munición (Col. 2:15).

También fue un auténtico **golpe de gracia relacional**: porque Él nunca dejó de amar a Su Padre con todo Su ser (Dt. 6:4-5), y fue totalmente fiel al corazón de Su Padre al manifestar toda la misericordia y fidelidad de Su Padre hacia nosotros, encarnando literalmente el amor por nosotros, las criaturas, como se amó a Sí mismo (eso equivale al cumplimiento total de los dos grandes mandamientos, Mt. 22:36-39). Sí, el Dios de carne y hueso seguía considerando que su preciada creación merecía ser

salvada incluso cuando derramábamos sobre Él toda la miseria que llevábamos dentro: Él seguía quitándonosla, seguía perdonándola, seguía fiel a su misión. Hasta la última gota de su sangre, hasta su último aliento, seguiría amando y perdonando... porque no vino a "pagar a Dios": Dios no era el "sediento de sangre" en este cuadro – ¡somos nosotros! Ese es nuestro papel en la cruz: ¡sedientos de la sangre de Dios! Jesús, mientras tanto, estaba totalmente centrado en encarnar las misericordias de su Padre y convertirlas en una realidad terrenal, humana, accesible, reparadora, porque Él las vivió hasta sus últimas consecuencias, haciéndolas realidad aquí mismo, en la historia humana, donde las necesitábamos. La victoria estaba ocurriendo allí mismo, delante de sus ojos, ¡y ellos no tenían ojos para verla! Que nuestros ojos se abran a esa visión de Jesús, para que podamos crecer más profundamente en Él, saliendo de nuestros atolladeros con Su fuerza, afrontando nuestros retos diarios con valentía y fe.